



Crónica
de viernes

Escaleras



■ AMADO DEL PINO

DESDE HACE VARIOS días me persigue la imagen de una pareja de amigos que se alejan, mientras suben los peldaños de una escalera. Hicimos lo posible por encomendarnos a la risa, la generosidad o al potencial futuro para evitar la palabra tópica y lamentable. Pero al final, nos despedimos con una melancolía persistente.

Todos acumulamos despedidas diversas y también peldaños que marcaron algo de nuestros azares o desencuentros. Recuerdo una escalerita de madera en el campo de mi infancia en la que los dos o tres niños de una legua a la redonda jugábamos a entonar canciones al atardecer. No era el punto cubano o la décima sino más bien tonadillas o boleros que la radio dejaba escuchar cuando se conseguían pilas o baterías.

Las escaleras son como vértebras modestas de la ciudad. ¿Quién olvida el beso de la novia o juegos mayores albergados por el rincón menos iluminado? Para el hombre de campo vivir en esos "palomares" significó al principio imitar al pájaro o desafiar la lógica diaria de convivir a escala humana y terrenal. La ciudad se hace fuerte en los pisos altos y llegó a una de sus primeras metáforas de la rapidez con el ascensor que devora las prisas, pero —como agónica paradoja— puede representar la mayor inmovilidad si ese "aparato" se detiene. A menudo evoco una mañana en el Teatro Amadeo Roldán en la que se celebraba un encuentro de humoristas. Todavía enfascados en el tema de debate,

decidimos desdeñar la corta escalera de sólidas etapas y tomar el elevador, esta vez para descender. Cuando aquello se detuvo, transcurrieron unos cinco minutos de risas y bromas. Pero al sexto o al séptimo, la ansiedad comenzó a devorarnos y al salir, poco después, se había marchitado el pertinaz y colectivo ingenio. El susto debió servirnos para, en lo adelante, ejercitarse más los pies y rendir menos culto a la comodidad.

Hay entradas de escaleras tan parecidas que no hacen pensar en despedidas porque más bien dificultan el encuentro. Me sucede en el reparto Alamar, el barrio populoso que La Habana vio levantarse a partir de los sesenta. Como se parecen los edificios y las entradas, cualquiera se pierde si no lleva las señas bien apuntadas. Una mañana confusa y tensa hasta Tania —casi "orientada"— me acompañó en el extravió, de un bloque a otro de uno de número impar a otro de dígitos abundantes. Ni siquiera el azul cercano del mar mitigaba nuestra ansiedad. Cuando estábamos a punto de desmayarnos en un quinto piso una puerta se abrió. Nunca supimos el nombre de aquella señora, pero su prueba de buena fe y solidaridad engrosó nuestra antología personal de agradecimientos.

Salimos a la avenida soleada sin cumplir con nuestro encargo, pero por allá en lo hondo latía una certeza: en los altos o en los bajos, aún hasta cuando nos despiostamos, una escalera puede conducir a una sonrisa. ¿Podría pedirse más a la gestión de nuestras piernas?

ESPECIAL

Un cuento

■ BERTOLT BRECHT

Preguntado por su animal preferido, el señor K. respondió que el elefante, y dio las siguientes razones. En el elefante se combinan la astucia y la fuerza física. La suya no es la escasa astucia necesaria para eludir una persecución o atraer una presa, sino la astucia que tiene a su disposición la fuerza para realizar grandes empresas. Por donde quiera que pasa, este animal deja una huella bien visible. Tiene además buen carácter y sabe aceptar una broma. Es tan buen amigo como buen enemigo. Es muy grande y pesado y, sin embargo, es también muy rápido. Su trompa proporciona a un cuerpo enorme hasta los alimentos más pequeños: por



ejemplo, nueces. Tiene orejas móviles: no oye más que lo que le conviene. Vive muchos años. Es muy sociable, y no solo en su trato con otros elefantes. En todas partes se le ama y se le teme a un tiempo. Una cierta comidilla es la causa de que a veces, incluso, se le adore. Tiene una piel muy espesa: contra ella se quiebra cualquier cuchillo, pero su natural es tierno. Puede ponerse triste. Puede también enfadarse. Le gusta bailar. Se interna siempre en la espesura para morir. Le encantan los niños y otros animales de pequeño tamaño. Es gris y solo llama la atención por su masa. No es comestible. Es buen trabajador. Le gusta beber y se pone alegre. Hace algo en pro del arte: proporciona marfil.

Una canción

Quiéreme mucho

■ OMAR VÁZQUEZ

AGONZALO ROIG lo recuerdo personalmente en los años 1959 y 1960 caminando por Ánimas y Galiano. Era la caballerosidad personificada, respondía el saludo de admiración de los habitantes del barrio común. Iba hacia el Parque Central donde dirigía la Banda Municipal en las gustadas retretas que se ofrecían en ese céntrico escenario. Y fue allí que oí hablar de la historia de su célebre criolla-bolero **Quiéreme mucho** y las acotaciones hechas al respecto por el inefable Eduardo Robreño y otros participantes en la informal tertulia.

Gonzalo Roig (La Habana, 20 de julio de 1890-13 de junio de 1970) tuvo un lance amoroso

con la vedette Blanca Becerra y surgió la inspiración. La primera estrofa de la canción fue escrita por el poeta Ramón Golluy (Roger de Lauria):

Quiéreme mucho, dulce amor mío / Que amante siempre te adoraré, / Yo con tus besos y tus caricias / Mis sufrimientos acallaré...

El resto se debe a Agustín Rodríguez, quien escribiría más adelante las letras de sus demás canciones...

Cuando se quiere de veras / Como te quiero yo a ti, / Es imposible mi cielo / Tan separados vivir...

Esta estrofa se repite como cierre del tema. La obra fue compuesta en 1911 y estrenada, por el tenor Mariano Meléndez (La Habana, 1886-1960), aunque no



Gonzalo Roig.

tuvo un éxito inmediato, sino años después, cuando se tradujo al inglés como **Yours** y gracias a la admirable interpretación del tenor de origen italiano Tito Schipa (Nueva York, 27 de diciembre de 1888-16 de diciembre de 1965), quien en 1924 la grabó para el Sello Víctor, convirtiéndose en una de las canciones cubanas más conocida en el mundo. También Esther Borja (Santiago de las Vegas, 5 de diciembre de 1913), América Crespo (Artemisa, 1922-Estados Unidos, 1955) y otros artistas hicieron notables versiones de ella.

Una foto

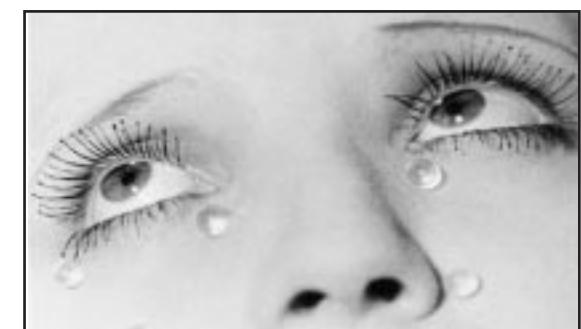
Lágrimas

■ VIRGINIA ALBERDI BENÍTEZ

¿Serán falsas o verdaderas? Es igual. Lo que importa es la originalidad y la fuerza poética de esta imagen, captada por Man Ray, nombre que debe recordarse a la hora de poner de relieve a los creadores que revolucionaron el arte occidental en la primera mitad del siglo XX.

Este norteamericano, nacido en Filadelfia en 1890 y fallecido en París en 1976, se vinculó durante su primer periodo neoyorquino con Marcel Duchamp y Francis Picabia, impulsores del dadaísmo, que a la sazón se hallaban en Estados Unidos ante la convulsión europea por la Primera Guerra Mundial.

Al término del conflicto, Ray marchó a París, donde llevó a cabo experimentos fotográficos conocidos como "rayografías": colocaba objetos sobre papel sensible a la luz y revelaba los resul-



tados. Se adscribió al movimiento surrealista y participó de sus primeras exposiciones.

Después de probar con la escultura efímera, volvió a dedicarse a la fotografía. En ese campo legó significativos aportes como la imagen que hoy compartimos con nuestros lectores.

Las lágrimas (*Les larmes*) data de 1936, una época en la que Ray se interesó por despojar ese arte de toda intención narrativa. Dijo por entonces: "Pinto lo que no puedo fotografiar; fotografió lo que no puedo pintar".

